

Sueños en análisis

En el Prólogo de *Esquema del psicoanálisis* (1938 [1940]), Freud escribe: “Las enseñanzas del psicoanálisis se basan en un número incalculable de observaciones y experiencias, y sólo quien haya repetido esas observaciones en sí mismo y en otros individuos está en condiciones de formarse un juicio propio sobre aquel”.¹ Por su tono expositivo –como subraya Strachey en la “Nota introductoria”–, este trabajo demuestra que a los 82 años Sigmund Freud poseía todavía un don sorprendente para enfocar de manera renovada lo que podrían parecer temas trillados, así como para poner en descubierto las dificultades con que tiene que luchar la investigación analítica y la práctica del psicoanálisis. Es un aspecto que puede reconocerse a lo largo de sus textos, Freud nunca dejó de insistir en distintos ensayos de contenido didáctico y contenido técnico que su apropiado dominio sólo podía adquirirse a partir de la experiencia clínica, pero ante todo a partir de la experiencia que el analista obtiene de su propio análisis.

I

El quinto apartado de *Esquema del psicoanálisis* lleva por título “Un ejemplo: La interpretación de los sueños”. En los primeros párrafos Freud formula una advertencia que nos conduce a la lectura de sus trabajos anteriores sobre el sueño; es un efecto que puede reconocerse en sus textos, cualquier punto de su enseñanza es siempre contemporáneo. “La actividad psíquica que percibimos como sueño –leemos– puede constituir nuestro objeto de estudio más propicio sólo con la condición de suponer que aquello por nosotros recordado como sueño tras el despertar no es el proceso onírico efectivo y real, sino una fachada tras la cual el sueño se oculta.” De esta manera Freud introduce una distinción entre un contenido *manifiesto* del sueño y los pensamientos oníricos *latentes*; luego, concluye: “Llamamos *trabajo del sueño* al proceso que de los segundos hace surgir el primero, su estudio nos enseña cómo un material inconsciente, un material originario y reprimido, se impone al yo, deviene preconsciente y en virtud de la revuelta del yo experimenta las alteraciones que conocemos como *desfiguración onírica*.”²

¹ Freud, Sigmund, *Esquema del psicoanálisis*, Obras completas, tomo XXIII, Amorrortu, 2005.

² Freud aclara que lo que vuelve al sueño “tan inestimable para nuestra intelección es la circunstancia de que el material inconsciente trae consigo, cuando penetra en el yo, sus modalidades de trabajo. Sólo por este camino averiguamos las leyes del decurso en el interior de lo inconsciente.”

A continuación, ubica una diferencia relativa a la formación del sueño, diferencia que suscita nuestro interés: “O bien una moción pulsional de ordinario sofocada (un deseo inconsciente) ha hallado mientras uno duerme la intensidad que le permite hacerse valer en el interior del *yo*, o bien una aspiración que quedó pendiente de la vida de vigilia, una ilación de pensamiento preconsciente con todas las mociones conflictivas que de ella dependen, ha hallado en el dormir un refuerzo por un elemento inconsciente. Vale decir, sueños desde el *ello* o desde el *yo*.”³ Freud deduce de las tendencias a la condensación y el desplazamiento, que en el *ello inconsciente* la energía se encuentra en un estado de movilidad más libre, y que al *ello* le importa, fundamentalmente, la posibilidad de la descarga para cantidades de excitación.

Así caracteriza el proceso primario atribuido al *ello* y hace explícito que el inconsciente también incluye entidades que aluden a una satisfacción distinta del sentido del deseo. Entidades que en términos de Jacques Lacan tienen un sentido de goce.⁴ Párrafos después concluye: “Todo sueño en tren de formación eleva al *yo*, con el auxilio de lo inconsciente, una demanda de satisfacer una pulsión, si proviene del *ello*; de solucionar un conflicto, cancelar una duda, establecer un designio, si proviene de un resto de actividad preconsciente en la vida de vigilia. Ahora bien, en todos los casos el *yo* durmiente está acomodado para retener con firmeza el deseo de dormir, siente esa demanda como una perturbación procurando eliminarla.” Y lo consigue “mediante un acto de aparente condescendencia, contraponiendo a la demanda, para cancelarla, un cumplimiento de deseo que es inofensivo bajo esas circunstancias.” Esta sustitución constituye una operación esencial del trabajo del sueño.

II

En cuanto al camino emprendido en la interpretación del sueño, Sigmund Freud advierte que la tesis de que el sueño es un cumplimiento de deseo será recibida con incredulidad siempre que se recuerde los sueños que poseen un contenido directamente penoso o que aun hacen que el soñante despierte presa de angustia. Pero la objeción del sueño

³ Freud explica que el mecanismo es para ambos casos el mismo, y que la condición dinámica es idéntica.

⁴“Como el *yo* de la vigilia gobierna la motilidad –leemos en *Esquema del psicoanálisis*–, esta función está paralizada en el estado del dormir y, por eso, se vuelven superfluas buena parte de las inhibiciones que pesaban sobre el *ello* inconsciente. De esta manera, el recogimiento o rebajamiento de esas contrainvestiduras permite al *ello* una medida de libertad que ahora es inocua.”

de angustia –explica en un párrafo que por su tono expositivo vale la pena citar en extenso–, no resiste al análisis. “No se debe olvidar –escribe– que el sueño es en todos los casos el resultado de un conflicto, una suerte de formación de compromiso. Lo que para el *ello* inconsciente es una satisfacción puede ser para el *yo*, y por eso mismo, ocasión de angustia. (...) Los sueños de angustia son casi siempre aquellos cuyo contenido ha experimentado la desfiguración mínima. Si la demanda del *ello* inconsciente se vuelve demasiado intensa, a punto tal que el *yo* durmiente ya no sea capaz de defenderse de ella con los medios de que dispone, este resignará el deseo de dormir y regresará a la vida despierta.” Se trata de un deseo inconsciente que encuentra en la percepción actual algo que lo despierta y lo hace presente. “En ese grado cero de la percepción hay un *retorno*, que no deja de ser un *encuentro*.”⁵ Freud registra el encuentro siempre fallido con lo real, aquel que se anuncia en el sueño cuando el sujeto se aproxima a aquello acerca de lo cual nada quiere saber.

El *despertar* –según Jacques-Alain Miller–, es un hilo a seguir en los textos freudianos y en los dichos y escritos de Lacan. La angustia despierta al sujeto para que satisfaga el deseo de dormir y lo precipita en la rutina de su fantasma y en el bienestar que le aseguran los discursos. Jacques Lacan dirá que despertamos sólo para seguir soñando con los ojos abiertos, encerrados en la particularidad de lo que el síntoma fomenta. La permanencia y la consistencia del *yo*, que testimonia correlativamente del desvanecimiento del deseo ante el objeto, en la neurosis obsesiva, esta permanencia del *yo* se ve en la función que tiene para él la vigilancia, no simplemente para situar esos trastornos del sueño, sino para situar lo cansador que es para él el día siguiente. El neurótico obsesivo pone mucho de sí para asegurar la permanencia. El principio del placer no se opone al principio de realidad que es el despertar, la vigilia devuelve a cada uno a la realidad para que pueda olvidar lo real encontrado en el sueño.⁶

Tanto en la desfiguración impuesta al material como en los intentos por dar una forma aceptable para el *yo* (elaboración secundaria), el trabajo del sueño es en lo esencial, un caso de elaboración inconsciente; su resultado es inequívocamente un compromiso que en ocasiones se vuelve disparatado por incluir juntos elementos inconciliables.

III

⁵ García, Germán, “La trama secreta”, *Derivas analíticas del siglo: ensayos y errores*, UNSAM, 2014.

⁶ Miller, Jacques-Alain, “Despertar”, *Matemas I*, Manantial, Buenos Aires, 1987. Estas observaciones también están presentes en las clases del curso *Todo el mundo es loco*, Paidós, Buenos Aires, 2015

“Cuando alguien cuenta un sueño –explica Germán García en el Curso breve titulado “¿Cuál es *el abc* del psicoanálisis?”⁷– se ubica como testigo de algo que irrumpió, algo que recibió; ese es su valor de descentramiento. Freud elogia a Aristóteles y dice que fue el primero en afirmar que los sueños no venían de los dioses. Para el psicoanálisis, las revelaciones vienen del cuerpo que produce discursos cifrados.” Discursos, mensajes en los que el significante comporta una opacidad. El sueño produce *una revelación inmanente*, de donde alguien deduce fantasías y deseos. Así como una puntuación varía la significación de una frase modificando el sentido de lo que alguien dice en un análisis, el sueño introduce un elemento aleatorio y fuerza a hablar de algo que no se puede reconocer y que por lo tanto juega el papel de causa, en el sentido de Jacques Lacan, de causa del pensamiento.

“El sueño, vector de la palabra” es el título de la primera clase del curso citado. Por medio de la asociación libre –explica Germán García– “el soñante interpreta su propio sueño y muestra a través de sus palabras, el vector que indica el horizonte de eso que soñó. Se trata de un relato en el que alguien cuenta algo que irrumpió mientras dormía. La libre asociación dirige la actividad, no es una forma de comunicar lo que está en la mente para que sea explicado o traducido en forma automática por el analista. No hay metalenguaje: el relato constituye en sí mismo una revelación que pone en juego distintos aspectos.”

En *La interpretación de los sueños* (1900) y en “El uso de la interpretación de los sueños” (1911), Freud describe diferentes tipos de sueños que Germán García ordena a partir del “*abc* que Lacan propone para leer a Freud”, así se refiere a los tres registros: simbólico, imaginario y real. Ubica los sueños “biográficos”, sueños en los que el analizante despliega su novela familiar a través de los recuerdos encubridores y las protofantasías que organizan el relato, en el registro simbólico. Luego, los sueños “confirmatorios” en el registro imaginario del juego transferencial donde proliferan todo tipo de seducciones que vienen a confirmar los dichos del analista. Y, por último, sitúa los sueños “anticipatorios” como el revés de los sueños “biográficos”, ubicándolos en el registro de lo real. Dichos sueños – explica citando a Freud– indican el vector de un análisis, en ellos se aloja el núcleo más oscuro de la cura, de suerte que deducido todo lo ya consabido y entendido, se obtiene una referencia más o menos clara a algo que hasta entonces permanecía escondido.

⁷ García, Germán, “¿Cuál es *el abc* del psicoanálisis?”. Curso breve dictado en el mes de enero del año 2008 en el Centro Descartes; reseña publicada en Archivo Germán García, página web, Fundación Descartes.

IV

Lo que vuelve al sueño “tan inestimable para nuestra intelección –leemos en *Esquema del psicoanálisis*– es la circunstancia de que el material inconsciente trae consigo, cuando penetra en el yo, sus modalidades de trabajo”. Por este camino el “trabajo del sueño” pone en evidencia de qué manera el inconsciente va cifrando los elementos al sustituir unos por otros. Una propiedad de dicho trabajo –escribe Sigmund Freud– es que “presenta una llamativa tendencia a la condensación, una inclinación a formar nuevas unidades con elementos que en el pensar de vigilia habríamos mantenido sin duda separados. A consecuencia de esto, un único elemento del sueño manifiesto suele subrogar a todo un conjunto de pensamientos oníricos latentes como si fuera una alusión común a estos, y, en general, la extensión del sueño manifiesto está extraordinariamente abreviada por comparación al rico material del cual surgió. Otra propiedad del trabajo del sueño, no del todo independiente de la primera, es la presteza para el desplazamiento de intensidades psíquicas (investiduras) de un elemento sobre otro, de suerte que a menudo en el sueño manifiesto un elemento aparece como el más nítido y, por ello, como el más importante, pese a que en los pensamientos oníricos era accesorio; y a la inversa, elementos esenciales de los pensamientos oníricos son subrogados en el sueño manifiesto sólo por unos indicios mínimos.”⁸

La preocupación de Freud no era la técnica de la interpretación de los sueños –subraya Germán García en las clases del Curso breve ya citado– sino el uso de la teoría en el tratamiento psicoanalítico, el uso del *arte interpretativo*. “El sueño es una táctica para conducir las cosas a otro lugar. El que piensa –como observa Wittgenstein– es como una mosca dentro de una botella, da vueltas y vueltas y no sale nunca de ahí. Tiende a hablar de lo que ya sabe, pero lo que sabe es parte de su síntoma.” Freud observa que un detalle oblicuo, fuera de lugar, abre la vía asociativa. Sin embargo, si el analista se centra en la dramática que

⁸ En “El uso de la interpretación de los sueños” Freud escribe que “Tenemos sabido –escribe Freud– que varias escenas sucesivas del mismo sueño pueden tener idéntico contenido, y este, abrirse paso con nitidez creciente en esa sucesión. Y hemos aprendido, de igual modo, que varios sueños ocurridos la misma noche tal vez no sean más que unos intentos por figurar un mismo contenido con diversas maneras de expresarlo. Podemos tener esta plena y universal certidumbre: cada moción de deseo que hoy se procura un sueño retornará en otro mientras no sea entendida ni se sustraiga del imperio de lo inconsciente.”

narra el analizante y se deja atrapar por las significaciones, el relato difícilmente encontrará esa vía.

Es del máximo valor en un tratamiento tomar noticia, cada vez, de la superficie psíquica del enfermo –leemos en *Esquema del psicoanálisis*–, “y mantenerse uno orientado hacia los complejos y las resistencias que por el momento puedan moverse en su interior, y hacia la eventual reacción conciente que guiará su comportamiento frente a ello.” Sigmund Freud propone que el analizante se entregue por entero a lo que el contexto de la sesión analítica hace aparecer, a lo contingente. Por lo tanto, no hace ninguna excepción a la regla de tomar siempre lo primero que al enfermo se le pase por la mente. No podemos dejar de lado la orientación que esto presenta del lado del analista, del lado de la interpretación analítica.

No hay un algoritmo de la sesión analítica su construcción no es un procedimiento automático. “Es posible que un analizante cuente lo que le sucedió, pero nunca hay que olvidar que lo que no le sucedió antes es estar ahí –advierde Germán García–. Ese hecho nuevo, estar contándole a alguien que no se conoce una historia, en el medio de la ciudad, es lo que hay que saber rescatar resignando lo que Freud llama las representaciones meta concientes, privilegiando lo contingente.”⁹ Lo que sucede como si fuera al azar y con exclusión del sujeto, se repite de tal manera que podemos decir que es una elección situada en el campo del inconsciente.

El camino para derivar la multivocidad de los vínculos entre el sueño manifiesto y el contenido latente, sólo admite para Sigmund Freud una solución satisfactoria si cuenta con la ayuda de las asociaciones que el soñante mismo brinda. Con ese auxilio “restablecemos el contenido latente del sueño. Cualquier otro procedimiento será arbitrario y no proporcionará seguridad alguna.” No sólo queremos oír del analizante lo que sabe y esconde a los demás –explica en el apartado VI de *Esquema del psicoanálisis*–, sino que debe referirnos también lo que no sabe. Con este propósito “lo comprometemos a observar *la regla fundamental del psicoanálisis*, que en el futuro debe gobernar su conducta hacia nosotros. No sólo debe comunicarnos lo que él diga adrede y de buen grado, lo que le traiga alivio, como en una confesión, sino también todo lo otro que se ofrezca a su observación de sí, todo cuanto le acuda a la mente, aunque sea *desagradable* decirlo, aunque le parezca *sin importancia* y hasta

⁹ García, Germán, Curso breve ya citado.

sin sentido. Si tras esta consigna consigue desarraigar su autocrítica, nos ofrecerá una multitud de material, pensamientos, ocurrencias, recuerdos, que están ya bajo el influjo de lo inconsciente, a menudo son sus directos retoños, y así nos permiten colegir lo inconsciente reprimido en él.” De esta manera define lo que reunió como formaciones del inconsciente, en todas, el desciframiento está puesto en evidencia. La tenaz memoria del sueño es mucho más amplia que la del estado de vigilia y reproduce a menudo impresiones de la primera infancia del soñante, de las cuales se puede aseverar de manera precisa, según Sigmund Freud, que no sólo han sido olvidadas, sino que devinieron inconscientes por obra de la represión. El sueño trae recuerdos que al soñante le eran inasequibles; asimismo, usa sin restricción alguna unos símbolos lingüísticos cuyo significado el soñante la mayoría de las veces desconoce, aunque es probable –advierte–, que provengan de fases anteriores del desarrollo del lenguaje. Unas huellas mnémicas pueden devenir conscientes lo mismo que unas percepciones, en particular por su asociación con restos de lenguaje.

V

¿Debe el analista comunicar enseguida al analizante todo lo que él ha desentrañado del sueño? Sigmund Freud subordina esta pregunta a otra, más general, referida a las fases del tratamiento y al *tempo* en que “el paciente debe ser introducido en la noticia de lo anímico que le está escondido.” El significado de este distingo para la técnica del psicoanálisis –así como la pregunta– ya habían sido apreciados por él en “El uso de la interpretación de los sueños” (1911) y “Sobre la iniciación del tratamiento” (1913). En *Esquema del psicoanálisis* (1940), pone de relieve una vez más que no es lo mismo que sepa algo el médico o que lo sepa el paciente, y señala que “nunca debe omitirse mantener una diferenciación estricta entre nuestro saber y su saber”. Así, coloca el saber inconsciente del lado del analizante y advierte que el analista tiene que vencerse a sí mismo para no poner en entredicho la jefatura del inconsciente en el establecimiento de la trama. Aquí adquiere un valor particular una diferencia que Germán García subrayó en sus clases del año 2008, en relación con la posición del analista: “Saber ignorar lo que se sabe, como observa Lacan, es la diferencia entre *sileo* y *taceo*. Callarse es un acto deliberado.”

Evitamos comunicar al analizante –escribe Freud– “lo que hemos colegido a menudo desde muy temprano, o comunicarle todo cuanto creemos haber colegido. Meditamos con cuidado la elección del momento en que hemos de hacerlo consabedor de una de nuestras

construcciones; aguardamos hasta que nos parezca oportuno hacerlo, lo cual no siempre es fácil decidirlo.” No se trata de un procedimiento automático, como regla Sigmund Freud propone no comunicar una construcción hasta que el analizante se haya aproximado a este esclarecimiento y “sólo le reste un paso, aunque este paso es en verdad la síntesis decisiva. Si procediéramos de otro modo, si lo asaltáramos con nuestras interpretaciones antes que él estuviera preparado, la comunicación sería infecunda o bien provocaría un violento estallido de resistencia, que estorbaría la continuación del trabajo o aún la haría peligrar.” En cambio –concluye–, “si lo hemos preparado todo de manera correcta, a menudo conseguimos que el paciente corrobore inmediatamente nuestra construcción y él mismo recuerde el hecho íntimo o externo olvidado. Y mientras más coincida la construcción con los detalles de lo olvidado, tanto más fácil será la aquiescencia del paciente, en tal caso, nuestro saber sobre esta pieza ha devenido también su saber.”¹⁰

No debemos olvidar –aclara en el apartado IV, donde se refiere a las cualidades psíquicas– que “la construcción que le proporcionamos al paciente, no significa todavía que hayamos hecho consciente en él mismo el contenido inconsciente en cuestión. Es que este contenido al comienzo está presente en él en una fijación doble: una vez, dentro de la reconstrucción consciente que ha escuchado, y, además, en su estado inconsciente originario.” Sigmund Freud advierte que si el saber del analista no respeta el *tempo* del analizante puede fortalecer la represión.

VI

El esquema de la transferencia –explica Germán García en las clases citadas– descompone el signo de Saussure: alguien va a analizarse con un significante que remite a un significante cualquiera, eso genera una significación y en un punto esa significación choca consigo misma, provocando algo del orden de un enigma, poniendo en juego una pregunta. “La manera en que alguien se presenta y describe a través de una historia causal lo que le sucede, remite necesariamente a un significante cualquiera, particular en el sentido de Aristóteles. El significante de la transferencia es el nombre que alguien da como justificación de eso que le sucede.”

¹⁰ Freud, Sigmund, *Esquema del psicoanálisis*, Obras completas, tomo XXIII, Amorrortu, 2005.

La implicación –aclara– supone la particularidad y no la causalidad. “Para que el psicoanálisis comience tienen que ponerse en juego los significantes que plantean un saber que ponga en duda las razones del sujeto. A esto Lacan le llama confrontar al sujeto con su propio decir.” Germán García pone de relieve que el uso lacaniano de la particularidad introduce los problemas que afectan al *ser* y al *saber*; luego señala que el saber entraña la dicotomía de lo universal y lo particular, así como el ser, la del acto y la potencia. En el nivel lógico –explica– el sujeto es supuesto, no hay saber sin sujeto. Desde esta perspectiva, explica que se trata de un saber “que no es del analista ni del analizante, sino de un saber que Lacan ubica como constituyente ternario entre ambos, un saber que circula como suposición recíproca y se crea en la circulación, por eso la transferencia está en juego. Como dice Donald Davidson, hablar a otro es practicar un principio de caridad. Es darlo por racional.”

La explicación esclarece algo que está muy cerca de la experiencia. El inconsciente atañe a lo que es susceptible de enunciar cada analizante en la sesión analítica. “Lo que está en juego en un análisis, si no hay un abuso bajo la forma metalingüística, es que las razones que da el que viene son efectivamente esas, no hay otras. No hay nada que corregir –concluye Germán García–, porque no hay nadie que ignore nada. Ahí es donde el contexto analítico y la transferencia, determinan el valor de lo que se dice. Lacan cita a un personaje de Moliere, Alceste, para ilustrar la figura del alma bella en Hegel. Esa es la posición con la que alguien va a quejarse de los demás y del mundo, a un analista. Poderosas identificaciones sostienen esa posición, y le impiden reconocer que puede modificar la situación de la que se queja. Pero si todo lo reprimido pasó por el yo –como dice Freud–, entonces cada uno sabe más de lo que soporta, por eso excluye algo de sí. El problema es qué posición tiene que tener un analista para conducir la experiencia a una invención, para que esa persona que excluyó algo de sí porque le resulta temible o doloroso, salga del *impasse* y haga retornar de alguna manera eso que ha excluido. *Wo Es war soll Ich werden.*”¹¹

Alicia Alonso

Marzo / 2022

¹¹ García, Germán, Curso breve ya citado.